

FELIPE DOYAGÜEZ CHICO
SACERDOTE

ONÉSIMO



de Alba
2-32

COLECCION TELAR DE YEPES

FELIPE DOYAGÜEZ CHICO SACERDOTE

Si cualquier Sacerdote, de su extenso depósito de datos, abre el grifo, una micra solo, salta Onésimo, exultante y vivo, dando saltos de piedra en piedra sobre el agresivo pavimento del paradisíaco Endrinal... Y luego muerto, claro. Muerto de sueño, muerto de casualidad porque eso fué su encuentro con la víbora. O muerto de lo que sea porque en la corriente del acontecer humano anda la muerte de un modo natural.

Cada Sacerdote es un inmenso y apretado odre de episodios reales para infinitos libros de pasmosa y atractiva lectura que no se escribirán... ¡Lastimal.

* * * * *

No es de otra forma. No puede ser de otra manera si uno se fia, naturalmente.

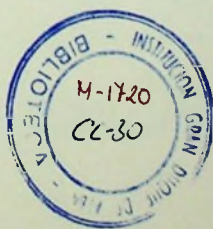
Cristo dice: "YO SOY LA RESURRECCIÓN Y LA VIDA: EL QUE CREE EN MI AUNQUE HAYA MUERTO VIVIRÁ..." (Juan 11, 17-27). ¡Que se lo pregunten a Onésimo, a Kronos...!

La muerte es simplemente un ¡HOLA! al mismo Jesucristo en el otro lado de la soñada y familiar ETERNIDAD...

¡Que se lo pregunten a Onésimo, a Kronos!.

DONFE

 Institución Gran Duque de Alba



FELIPE DOYAGÜEZ CHICO
SACERDOTE

ONÉSIMO

CONSEJO DE REDACCIÓN:

Carmelo Luis López (Director)

Tomás Sobrino Chomón (Subdirector)

Jaclnto Herrero Esteban

José M.ª Muñoz Quirós

Luis Garcinuño González (Secretario)

I.S.B.N.: 84-86930-87-1

Depósito Legal: AV-102-1994

Imprime: Imprenta Comercial Diario de Ávila, S.A.- ÁVILA

HERMOSO PRÓLOGO

*Ojalá escribieran mis palabras.
Ojalá se grabaran en cobre,
con cincel de hierro y en plomo.
Ojalá se escribieran para siempre en la roca.*

**YO SÉ QUE ESTÁ VIVO MI DEFENSOR
Y QUE AL FINAL SE ALZARÁ SOBRE EL POLVO**

*Después de que me arranquen la piel,
ya sin carne, VERÉ A DIOS.
Yo mismo le veré y no otro,
MIS PROPIOS OJOS LE VERÁN*

JOB. (19.1.23-27)

INSTITUCIÓN GRAN DUQUE DE ALBA

El presente documento tiene como finalidad
informar a la comunidad sobre los
resultados de la investigación realizada
por el equipo de trabajo en el marco
del proyecto de investigación.

El presente documento tiene como finalidad
informar a la comunidad sobre los
resultados de la investigación realizada
por el equipo de trabajo en el marco
del proyecto de investigación.

El presente documento tiene como finalidad
informar a la comunidad sobre los
resultados de la investigación realizada
por el equipo de trabajo en el marco
del proyecto de investigación.

El presente documento tiene como finalidad
informar a la comunidad sobre los
resultados de la investigación realizada
por el equipo de trabajo en el marco
del proyecto de investigación.

El presente documento tiene como finalidad
informar a la comunidad sobre los
resultados de la investigación realizada
por el equipo de trabajo en el marco
del proyecto de investigación.

PRIMERA PARTE

GREDOS

EL ENDRINAL

ONÉSIMO Y KRONOS

EL RÍO

POZO NEGRO

GREDOS

Cuando los chicos salen de la escuela aún sacude el sol su fuerza cegadora. Es una maza el clima aquí en Gredos.

Una maza implacable el sol de verano que inmoviliza, que enerva como si clavara iracundo uno a uno ardientes dardos afilados irritando la piel.

Suele ocurrir a veces:

Un vidrio, un casco de botella abandonado sobre la pradera, sobre la hierba seca. Pone sobre él uno de sus ojos el sol y arde la comarca entera. ¡Dios, qué espanto!.

Resulta curioso comprobar que aquí, sobre la piel de Gredos, parece que el calor excesivo refresca. Hundes las manos sobre un manantial y el frío sube por los huesos descalcificador.

Otro tanto ocurre sobre la cumbre enhiesta del Almanzor. El viento que se absorbe allí con avidez salvaje, es de un frescor penetrante, tranquilo, que pone en los sentidos apasionadas emotividades.

Luego el extremo cruel.

Llega el invierno largo y sombrío. El sol se pone pálido y asmático, como sin vatios ya. El frío lo derrota enloquecedoramente.

Cruza la sierra el viento poderoso e intencionadamente despiadado.

Pasa el viento. El mismo viento del verano, y te estremece. Viento que silba y es como si su sonido tuviera un tacto congelador. Viento que va segando hojas y frutos, que descarna a los chopos como radiografías de descara precisión.

La escarcha y el rocío son un brillante herboricida. A la hora del alba viene la luz saltando de gota en gota y el Venero Pascual parece una galaxia. Se hincha la luz y estalla desbordando todos los reflejos del bello amanecer que se levanta.

La nieve por las cumbres tiene un reinado interminable. Amplia la nieve, mayestática, sugestiva, como una tentación universal.

Es la nieve violeta por la madrugada. Azul al mediodía. Al principio azul puro. Luego el azul se va volviendo evanescente. Por la tarde la nieve es roja. Roja como el centro de una enorme llama.

Nunca es la nieve blanca en la sierra de Gredos. Ahora sí, fría es como un diablo. Un diablo maligno. Un diablo travieso, que goza clavando las espigas del hielo en la piel aterida.

No hay que andarse jugando con la nieve en la sierra porque al menor descuido, con las mismas espigas, atravesará, jugando también, el corazón.

EL ENDRINAL

Casi todos los pueblos de la ribera del río se apellidan igual: Navalperal de Tormes, Angostura del Tormes, Aliseda de Tormes, Alba de Tormes...

Un hermano menor de estos pueblos es el ENDRINAL DE TORMES, pequeño y hermoso también.

—¿Cuántas casas habrá en el Endrinal...?

—Unas treinta.

—Pues, treinta por cuatro, ciento veinte.

—Eso, ciento veinte habitantes habrá en el Endrinal. Gente sencilla. Gente marginada, anclada persistentemente en el cuaternario.

Piedra sobre piedra se fueron levantando las paredes. Luego las tapizó el musgo y el liquen. Techumbres de paja y teja vana. Pequeños ventanales. Las casas están puestas unas junto a las otras intencionadamente como si, con la proximidad, trataran de fortalecerse.

Les importó a estas gentes, mucho más que sus casas, la casa de Dios.

Las iglesias en estos pueblecitos de las riberas del Tormes son firmes. Sillería de granito en las paredes y una hermosa torre de amplios campanarios. Suenan las campanas como voces y corre su sonido tumbado sobre el cauce del río al que le va prestando un duo de absoluto ensueño.

Andan las calles sobre una tortuosa asimetría. Ásperos desniveles y pavimentos lacerantes. El caso es que vuelan los muchachos sobre el suelo como si no pusieran los pies en la roca.

Está el pueblo colgado a una altura que le salva del frío de las cumbres y de las humedades que conllevan las continuas incursiones del Tormes cuando en la primavera crece de un modo inusitado.

Es entonces cuando despierta el sol.

En primavera el sol aumenta sus recursos térmicos y se toma sus revanchas contra el frío.

¡Qué lucha feroz...!. El sol le va quemando las entrañas al hielo y el agua escapa de sus garras en violenta y ensordecedora estampida.

Las primeras noches del deshielo no hay quien duerma en el Endrinal. Brama el agua tumultuosa y conturbadora. Lima las piedras hasta dejarlas como globos. Globos redondos, suaves al tacto en las plantas de los pies, que van de una en otra. ágiles, enloquecidos de frescor y sobresalto, de frescura líquida y de torrencial desasosiego.

ONÉSIMO Y KRONOS

Suena una palmada del maestro y los niños guardan los libros en sus grandes carteras. Meten los brazos entre las correas que se cruzan en el pecho y con un fuerte impulso de los hombros quedan los libros en la espalda bien seguros.

Los niños en la sierra no piensan jugar al salir de la escuela. Comparten las disciplinas escolares y aprenden que la vida es trabajo ya en la medida de sus años y de la urgencia que impone la dureza del medio en el que van creciendo. Todo es duro allí. Duro y elemental.

Onésimo es un niño inquieto. Es un niño alegre y paradójicamente responsable. Llega a casa y le da un beso a su madre, suelta los libros, recoge el pan y el queso, el sombrero de paja, la honda, sus cuatro cabrillas...

Un silbido no es una palabra. Está más que claro. Ni siquiera una. Un silbido, para este muchacho, es como si fueran todas las palabras juntas.

Con un silbido. Sólo uno: Kronos se levanta de un salto, corre hacia el chico, lo arrolla cariñosamente, que es lo que desea Onésimo y el perro lo sabe. Le enseña, con un silbido, la amistad y la merienda. Con un silbido lo regaña, lo estimula, lo manda, lo mantiene erguido sobre las patas traseras, endereza la cabra que se tuerce, trae el cayado que tira el chiquillo y se echa en el suelo para servir de almohada, si el pequeño pastor se acuesta en la hierba. Con un silbido se adelanta el perro y va con la cabeza levantada marcando el paso seguro, marcial, inteligente.

Todo eso con un solo silbido.

Los hombres necesitan cientos de palabras y apenas si se enteran de nada.
El perro, con un solo silbido, cubre exhaustivamente todas sus necesidades de comunicación...

¿Será que el perro sí es inteligente...?

EL RÍO

El Endrinal está como a unos veinte kilómetros del nacimiento del río Tormes.

Como un pequeño y brillante arroyuelo, canta el río por Navarredonda. Por la Aliseda salta su preadolescencia alborotada. Lo burla el puente desde su altura pétrea mientras el agua se le cuele por sus enormes ojos, crepitante.

Viva es la roca allí. Viva, cortante, desgarrada y provocadora. No sé qué mano descuartiza ciclópeos filones de cuarzos y pizarras sembrando todo el suelo de navajas.

Se vuelca el agua por las hendiduras y escapa en chorros como cabelleras, hasta llegar descontrolada y divertida a algún que otro remanso. Quieta allí el agua, descansa un rato. Un rato solamente porque en la sierra todo es inestable, desigual, vibrante, alborotador...

Está poblado el río de robles y de alisos. Luego los pinos en ardiente escalada y entre ellos los pastos y los matorrales. Crecen los vegetales con asombrosa precipitación.

La hierba hunde el camino y el camino parece más blanco, más blando, más suave, mucho más corto...

Hay, en el Endrinal, un segundo puente que no es ni alto ni bajo, ni fuerte ni débil, ni de piedra, ni de cemento, ni de ladrillo siquiera... El puente es de madera. De madera de aliso. Es de aliso todo él.

Kilómetros y kilómetros está poblado el río de alisos. Alisos grandes, suaves, verdes, más claros en el envés. Sus grandes hojas forman, sobre el puen-

te, una bóveda umbría. De un lado a otro, los árboles se tocan con la punta de los dedos en un acercamiento tímido y cordial. Es tan compacta allí la urdimbre, que extorsiona el raro afán que tiene el sol de iluminarlo todo. A su abrigo la luz es indirecta, es traslúcido el rostro de las hojas.

Los troncos, en el puente, se ensartan, se entrecruzan emergiendo del agua como si flotaran. Está ensamblado el puente con clavos artesanos de la fragua local. Todo él es fresco, liviano, de madera viva, de color gris, ocre, casi casi blanco, plateado, bañado en un suave cromatismo ensoñador. Ni un solo destello. Bueno, sí. A veces, no se sabe por dónde, penetra rápido un rayo de sol que impacta rebotando del agua... De ordinario, la fronda ha vencido a la luz y crea un ambiente mate, suave, cercano, blando, caliente, plano...

POZO NEGRO

Hacia acá viene Onésimo con su troupe.

Van a entrar en el puente y pasa primero Kronos. En la entrada se vuelve. Estira el cuello, yergue la cola, mira a las cuatro cabras mientras anda para atrás.

Lleva Onésimo la cayada al hombro. En la mano izquierda un libro de aventuras. Calado el sombrero de paja.

Lanza un silbido y el mensaje le recorre a Kronos la espina dorsal. Levanta ligeramente la cabeza, carga el cuello sobre las patas delanteras, gira en redondo y emprende un trote por la dirección que se le indica. Va el perro más alegre ahora. Sabe dónde va. Las cabras también aprietan el paso y se pierden todos por la fronda.

Llegan a Pozo Negro.

En verdad es un pozo aquel charcón y bien negro por lo profundo.

Roca viva es una de sus márgenes. Arena en la otra orilla. Por todas partes exuberante vegetación.

El niño está junto a las rocas. Trepa peñas arriba. En la cumbre, alta cumbre, respira.

Hay allí un risco muy saliente, que avanza como un cuchillo sobre el charco, aguas adentro, y a una gran altura.

Todo le es a Onésimo estratégico y familiar. En el último césped se pisa, con la punta de una bota, el talón de la otra... y el pie descalzo, ayuda al otro pie a liberarse del calzado.

Avanza un poco más sobre el filo de piedra. Con los brazos cruzados agarra el elástico de su jersey y, con natural pericia, tira hacia arriba como si lo arrancara. Lo deja allí, en el brezo que le alarga una rama. Luego la cremallera y cae el pantalón hasta los pies. Desplaza uno. Un pie. Con el otro le impulsa unos centímetros del suelo. Lo recoge en el aire. Con cuidado lo dobla y lo deja en la hierba con una piedra encima.

El niño es libre ya. Absolutamente libre. Corre el viento sobre su oscura piel. Vuelve a quitarse el sombrero de paja que desde abajo parece una lámpara. Avanza lentamente por la espuela de sílex. Maneja el equilibrio como un quehacer doméstico. Alza los brazos que parecen alas y el sombrero vuela como un satélite desde aquella altura, para aterrizar luego junto a las cabras que comen y no se enteran absolutamente de nada. Ni se inmutan.

Visto desde la arena, su figura desborda todos los niveles de fascinación. Se parece a un arcángel. Una antorcha radiante. Un atlante. Un olímpico dominador de las alturas. Un ingrátido insecto desde su agreste y espontáneo trampolín.

Allá arriba, en el mismo borde de la piedra, el azul magnifica su figura. No sé qué ritmo flexiona sus rodillas. Adelanta los hombros, erguida la cabeza. Con la mano derecha marca, desde la frente, la señal de la cruz. Es acero flexible todo su cuerpo tenso que se sostiene sobre la punta de los pies.

Deslumbra todo. Ni soñado, se lograría una pequeña imagen de aquel conjunto anónimo. Armonía irrepetible. Exaltación callada de la belleza pura en un marco ignorado y batido por el agua y el sol.

Desde su abstracción va a saltar el chiquillo por los aires. Kronos, como un argonauta, vigila desde abajo con evidente crispación. Se le escapa un grito o un aullido, qué más da... El niño se distrae. Suspende el salto. Ríe... Lo llama y ya está el perro por la pendiente ansioso de tocar la cumbre.

—Mira qué fácil...!

Mueve el perro la cola con estupor.

Nueva flexión de piernas y un colosal impulso lo lanza al vacío.

Va por el aire Onésimo diría que volando. Segurísimo, empapado de sol, dominador, intuitivo...

Como un dardo agudísimo el cuerpo pierde altura. Un giro sorprendente y con media vuelta, sólo con media vuelta, entra en el agua como un clavo, como una bayoneta hasta perderse en el fondo oscuro del charcón.

Luego un delfín. Es un delfín este muchacho, que llega a la superficie soplando violento y mientras patear, para seguir a flote, muestra una trucha que sorprendió en el fondo y que ahora, indulgente, divertido, pone en libertad.

Mira al perro.

Kronos permanecía estupefacto.

Onésimo grita exasperado:

—¡Venga, cachorro, tirate de una vez...!

Al miedo y a la roca estaba atado Kronos, pero llamarle cachorro a él fue una provocación suicida...

No era un experto. De verdad no lo era, pero sin pensarlo, cerró los ojos y saltó atrevido por los aires con evidente y desesperado descontrol.

Sonó la zambullida como un trueno. El niño, con un claro gesto de dolor fingido, mezcló una carcajada ante la irracional torpeza de su perro.

Sin embargo, en los ojos de Kronos se evidenciaba un dolor auténtico que él disimuló ladinamente. Lo tengo merecido, pensó. Luego dijo: "¡Por qué me fiaré de este miserable sujeto...!".

Nadaban los dos. En el embalse vivían como en su elemento.

Monta el chaval sobre el lomo del perro y se hunde lentamente hasta tocar el fondo. El animal lucha por desasirse. Le exaspera la reiterada persistencia de Onésimo, que goza con sus juegos mortificantes.

Las patatas de Kronos buscan la codiciada superficie con poderosas sacudidas. El niño, agarrado a la cola del animal, sube también apremiado por la fatiga.

Así, quién sabe el tiempo, hasta que el perro, cansadísimo, sale del agua. Pero no el chico, que cruza el río una y otra vez, batiendo el charco con sus hábiles y enérgicas brazadas.

Se sientan al fin sobre la roca. Brilla todo él de agua y de alegría. En el tórax, al ritmo acelerado de su respiración fatigosa, le bailan las gotas de agua que se le quedaron prendidas en el pecho...

—¡Kronos...!, grita otra vez imperioso y refuerza la llamada haciendo sonar la palma de la mano sobre la pierna izquierda, que restalla empapada.

El perro, tumbado en la arena, se levanta de un salto. Corre al borde del agua pero no entra. Se mueve zalamero. Levanta alternativamente una pata y la otra sin deseo de cruzar el río, aunque está bien convencido de que acabará cruzándole dada la cordial tiranía que ejercía sobre él Onésimo.

Saltan los dos a la vez y al encontrarse conciertan en el agua un último y cariñoso desafío: Premio para el que llegue primero a la arena...

Los dos llegaron a la vez.

Qué bien se estaba allí tendido con las manos en la nuca. Como una caricia le subía el cálido contacto de la arena, cuyo tempero le estaba pareciendo una caricia, un gesto de ternura mineral...

Se levantaron.

Onésimo se vistió con destreza y salieron corriendo hasta el robledal.

SEGUNDA PARTE

SE DURMIÓ EN MALA HORA



Institución Gran Duque de Alba

SE DURMIÓ EN MALA HORA

Cae la tarde. Hace calor no obstante. Onésimo y Kronos, sentados en el suelo, comparten la amistad y la merienda.

—... Y ahora tú, a dormir un rato. Un rato sólo ¿vale...?.

Sobre las patas delanteras reclina el perro la cabeza suavemente y cierra los ojos con canina y teatral picardía, para quedar al fin rendido como un leño.

También el niño se tiende sobre el frescor de la hierba. En vez de dormir lee. Lee no sé qué libro de aventuras, pero por poco tiempo. Una pesada nube le va recorriendo el cerebro. Le vence la fatiga... El largo baño... El sopor de la tarde... Así quedó dormido.

* * * * *

En mala hora se durmió el niño.

En malísima hora.

Nunca debió dormirse...: ¡Nunca!.

La tierra está llena de peligros. Al principio los hombres vivían junto al mar. Se sentían allí más seguros. El hambre les fue empujando tierra adentro. La espesura del bosque, las montañas, le hacían la vida muy difícil. Tremendamente dura la supervivencia. El hombre descubrió que la tierra está llena de peligros.

El caso es que ni Kronos se dió cuenta.

Era sorprendente la actitud del muchacho ante las situaciones de peligro. La palabra peligro no tenía para Onésimo ninguna significación.

Cuántas veces había corrido él detrás de las víboras. Cuántas víboras había partido en dos de un garrotazo. Las distinguía de todos los ofidios mucho mejor que le profesor de Naturales. Lo que parecía ignorar era su peligro.

Recuerdo el día que bajaron de la sierra al hijo de Vendavales.

Era amigo de Onésimo. Compañero de clase. Se pasaron alguna vez los exámenes.

Jugaba el hijo del guarda entre las jaras. El niño dijo que cayó rodando y como a unos cinco centímetros de la rodilla le mordió una víbora.

Se le enrojeció la piel alrededor de la herida. Por el tejido roto crecía el plasma desde el centro de la mordedura. Apenas sangró. El muslo empezaba a inflamársele. ¡Qué horror...!

Se asustó mucho el padre.

No estaba el médico en el pueblo.

Todos los niños se sobrecogieron junto al borriquillo que lo traía encima. Las mujeres se pusieron nerviosas.

Llegó el Cura.

Miró al chiquillo en vilo sobre el pánico, y le dijo tranquilizador: ¡No tengas miedo, tigre...!

¿Qué iba a hacer aquel hombre en situación tan preocupante...?

No miraba a nadie. Inquieto, controlado, se movía preso de alguna idea extraña.

No se lo pensó mucho. No había mucho tiempo para pensar. Del botiquín del médico sacó gasas, algodones, agua oxigenada, alcohol, un bisturí...

Empapó y pasó por la herida y sus alrededores, un trozo de algodón. Limpiaba con alcohol el bisturí.

De un tajo firme y profundo amplió el pinchazo envenado. Saltó la sangre roja y abundante mientras presionaba el músculo. Iba la sangre por la piera abajo y con ella corrió el veneno liberando el peligro.

Finalmente, cortada la hemorragia, acercó la boca a la herida abierta y succionó con fuerza... Al día siguiente, el hijo de Vendavales, corría alegremente por los patios de la escuela.

* * * * *

A Onésimo se le olvidó el percance. Era su gran defecto olvidar el peligro, ignorarlo.

Ni a la lluvia ni al viento ni al sol abrasador del verano. Ni al hielo ni a la nieve del invierno. Ni a la niebla que se traga al camino, a los objetos. La niebla impenetrable de la sierra. No tenía miedo al río que bramaba y se llevaba al puente de madera. No le asustaba saltar al vacío desde la roca más alta. A este chico no le asustaba nada. Si hubiera tenido algún miedo, una pizca siquiera...

Cochino crío. Atrevido. Estaba podrido de audacia, de imprevisión, de autosuficiencia.

Se durmió en la hierba. ¡Qué estaría soñando!. El caso es que estaba bien dormido y la víbora bien despierta. La asquerosa víbora... ¿o no?. O acaso la pobrecita víbora, ciega ella, chocó de plano contra la cerviz del niño y mordió allí mismo sin más... Acaso porque lo encontró blando, limpio, apetecible. Mordió allí mismo sin saber lo que hacía, o que ya estaba hecho. El destrozo orgánico. El veneno subiendo por todos los conductos arteriales, medulares, nerviosos, hasta invadir por completo el cerebro tan cerca del cuello.

Le produjo, de entrada, una precipitada y definitiva parálisis que bloqueó en segundos los umbrales todos de la conciencia y quedó allí, el niño, como en un sueño simple, una ceguera absurda e irreversible.

Sangró un poco la pequeña herida. Pequeña. Casi, casi insignificante.

Cómo será que, a veces, una causa tan leve produce, en segundos, efectos tan irreparables.

Fué como si por la herida imperceptible se le escapara, al niño, un dolor que crecía luego hasta el paroxismo. Como si saliera por allí, hecha llanto, la alegría sinfónica de Onésimo, sonando ahora como una interminable balada.

Una balada triste.

Se hizo de piedra la mirada. La muerte empujaba sus sombras hasta esconder, tras los párpados cerrados, la negrura luminosa de las pupilas infantiles del niño agonizante.

Era como si las palabras todas se le fueran marchando por aquel agujero condenable, encadenadas para no dejar ni una sola con la que pudiera decir-

nos luego que no pasaba nada. Que dentro de un ratito estaría despierto... ¡despierto...! ¡despierto...! ¡despierto...!

¡El niño no despertaría jamás...!

* * * * *

Empezaba a hacerse de noche.

Aquella tarde, el sol, en vez de luz, estaba echando lumbre. Un rojo luminoso envolvía la sierra entera. Como si desde las cumbres, todavía nevadas, se desangrara el universo y la sangre rodara sordamente hasta llegar al río llenándolo de púrpura.

Se hizo la hora de volver. ¡Volver...!

El niño no estaba muerto. No, aún no estaba muerto. Moriría luego por haberlo hallado demasiado tarde. Moriría sobre el regazo verde que lo acogió con ternura y moriría ya bien alzadas las estrellas. Las estrellas que él contaba las noches de verano, tumbado en la calle con su padre, hasta que el relente de la madrugada les obligaba a meterse dentro... Sólo que, esta noche las estrellas harían de su luz chorros de llanto.

Las cabras se fueron solas.

Pasaban junto a Onésimo, tendido como estaba, con aparente indiferencia. Ni un gesto de sorpresa ante el silencio del muchacho. Ni un balido de angustia, de sentimiento lógico. Iban una detrás de otra con borreguil estupidez...

Sin embargo, algo extraño debió notar Kronos en la actitud callada del muchacho. Se puso nervioso y enseguida, un dolor instintivo le hizo barruntar la tragedia.

Salió disparado hacia las cabras que se le escapaban y volvía de nuevo junto al niño que seguía raramente quieto.

Las cabras corrían y él venía de allá para acá ladrando enloquecido, sintiendo que su alma animal se le encogía aplastada de angustia. Una extraña angustia que nunca había sentido anteriormente.

Las cabras se fueron y el perro volvió definitivamente junto al niño. Se tumbó junto a él, como digo, resignado. Otras veces también se había dormido, pensó el animal. Bueno, o como si pensara porque este Kronos parecía

que tenía pensamiento. Había que verle cuando, en algún momento se le quedaba fijo al niño con la boca entreabierta, la lengua ligeramente escapada hacia un lado, salvada la dentadura perfecta, fruncido el entrecejo, las pupilas intencionadamente penetrantes, la cabeza erguida y graciosamente inclinada, un ruido casi humano en la garganta que Onésimo entendía fácilmente... todo él en actitud de escucha, de observación inteligente... Parecía racional, de veras.

Un día apareció una tormenta. Las tormentas en Gredos son sobrecogedoras. Un trueno no es solamente un trueno. La sensación auditiva tiene allí un volumen extraño. Es como si, al trueno, se le viera saltar de un monte a otro hasta bajar al valle derramándose luego por cada colina.

Crispa el rayo, que parece un hacha cuando hiende la roca, las encinas... Menos mal que cuando te enteras ya pasó.

Doce toros mató aquella tormenta. Doce toros que se habrían comido la tormenta, que habrían desgarrado la tormenta con sus cuernos de acero.

No les sirvieron para nada aquellos poderosos cuernos que habrían hecho temblar a los tendidos en una hermosa tarde de sol.

Kronos tenía aquella tarde un miedo sideral. Se impacientaba por volver a casa. Acaso el perro lamentaba la tragedia de los toros muertos. Onésimo, a quien todo aquello le parecía una juerga cósmica, se sentó en el suelo sabiendo que con ello crecían los terrores del perro. Miraba al niño y giraba con rapidez hacia el camino. El chico se reía como un descontrolado. Soliviantado el perro, intentaba con saltos y aullidos correr a toda prisa para alejarse de aquel lugar maldito.

Tenía Onésimo, sobre los hombros, el collar del perro bien sujeto. El animal mordía la punta de la correa y arrastraba tras de sí al chiquillo andando hacia atrás.

Cedió al fin Onésimo y terminó así aquella situación de dolorosa violencia.

AMBOS HABÍAN SIDO INMENSAMENTE FELICES

Cómo cambian de repente las cosas. Qué otra realidad era ésta tan poco deseada.

Onésimo estaba tendido boca abajo.

Kronos asustadísimo trajinaba, alrededor del chico, nervioso. Nervioso y violento.

Metía el hocico por el costado izquierdo y empujaba con fuerza como queriendo levantarlo. Lo zarandeaba como un fardo para caer de nuevo inerte sobre la hierba. Ladraba a gritos o gritaba a ladridos intentando clavar su estridencia por el oído del muchacho. Temblaba el perro, temblaba. Todo él era una angustiante carga de temblores.

Como cuando jugaban le mordía la oreja despacito y nada. Apretó más para hacerle gritar pero nada. Lo que se dice nada... Aquello acabó para siempre y el perro lloraba su final, a su manera, incuestionablemente dolorosa.

Por la espalda del perro se percibía cronométricamente la violencia de su desbocado corazón. De dentro hacia fuera sonaba como un mazo sacudiendo los costillares.

Estaba desolado el animal, clavado en el suelo como si sus patas fueran de madera. Le colgaba la cabeza estirando el cuello a ras de tierra. Le pesaba de un modo atroz y le ataba al suelo una potente baba de cristal vertida melancólicamente de su boca flácida. Lloraba Kronos un aluvión de lágrimas que le hacían borrosa la imagen de su amigo, al que observaba con atención hipnótica.

¿Qué tenía Onésimo...?

Todo lo que sabía el perro se lo enseñó el niño.

Aprendió el sentido de un montón de vocablos, pero jamás le dijo lo que significaba la palabra: MUERTE.

TERCERA PARTE

LLEGARON LAS CABRAS SOLAS

¡ELLOS QUÉ SABÍAN!

BUSCANDO CULPABLES



Institución Gran Duque de Alba

LLEGARON LAS CABRAS SOLAS

Las cabras llegaron a casa bien cerrada la noche. Los niños, dejados los juegos, repasaban los textos para el día siguiente al amor de la lumbre, mientras las madres preparaban la cena.

La de Onésimo escuchó el tintineo de las esquilas al paso de las cabras, que entraban en el corral.

—Ya está aquí el niño, dijo la madre y se quedó tranquila.

—¡Trae un poco de leña...!

Gritando lo dijo la madre. Grito que se tragó la noche desde su ardiente oscuridad.

No acababa de llegar.

—¡Pero bueno, este niño...!. Siempre llegan las cabras solas. ¿Dónde se habrá quedado a estas horas?. Cuándo crecerá para que cambie.

La pobre hablaba sola. Tenía esa costumbre esta mujer. Fué por leña. Tampoco estaba Kronos. Se extrañó mucho más.

El marido volvió de la taberna.

—¿Había algún chico en la plaza...?

—¿A estas horas?, dijo él.

—No ha llegado el nuestro.

—¿Que no ha venido?

—No. Ni el perro. Llegaron las cabras solas.

—Cochino muchacho. Le voy a sacudir.

—Sí, eso dices siempre...

Empezaron a hablar de sus cosas sólo un momento, porque los nervios que andaban a flor de piel les pusieron enseguida en movimiento.

—¿Oye, no te parece que tarda el niño?

No contestó el marido y ambos sintieron al mismo tiempo la misma sacudida de angustiada preocupación.

—¿Por qué no vas a asomarte?

—¿Dónde a estas horas...?. No se ve un amparo.

—Quería decir que te acercases a la casa de sus amigos...

Salió el hombre. Dió vueltas. Preguntó a todos. Voceó por las calles. Nadie sabía absolutamente nada. Lo que estaba claro es que el niño no había vuelto del campo... Eso estaba claro y le aterró la idea de volver a casa sin ninguna noticia.

No había otro remedio.

—... Pues hay que salir a buscarle ya.

La mujer hablaba con imperio. Se exaltó de repente. Lo decía gritando. No se daba cuenta de que gritaba, de que repetía la misma frase maquinalmente.

—Claro, dijo el hombre aturdido, conmocionado.

—A este niño le ha pasado algo.

—No mujer. ¿Qué le va a pasar...?. Siempre con tus malos augurios. Pudo haberse quedado dormido. ¡Es tan distraído!. La mujer, con la serenidad, empezaba a perder el control. Era como si empezara a caer fuego sobre sus espacios emocionales.

—No vayas solo. Llama a tu hermano. Prepararé un farol. La noche está miedosa.

—¿Te dijo el niño hacia dónde iba...?

—No dijo nada.

La mujer se lo dijo a una vecina. Esta avisó a la inmediata y empezó la cadena. Enseguida hubo diez. Todas buscaron a sus hombres. Corría con la noticia la diligente solidaridad. Los hombres hablaban deprisa. Hablaban en voz alta, gesticulando la enorme preocupación sin disimulo.

La sierra es traidora. Desborda al hombre que parece un mico aturdido en la distancia, en las alturas. Engaña el calor, engaña el frío, engaña la nieve... La sierra, por la noche, es un infierno imprevisible. Una ciega caverna.

La noche multiplica los barrancos, estrecha los caminos, amplía las vertientes, prolonga los sonidos. Se estira el miedo, que hace de cada paso un sobresalto.

Allí estaba perdido Onésimo.

—¿Estará mal herido...? Preguntaban los hombres presagiando el suceso... ¿Estaría asustado...?

¿Asustado?. Mejor; así tendría que saber el crío el sabor del miedo que valora el peligro. Aunque no faltó quien pensara si aquel pequeño diablo fuera a caballo, sobre la noche oscura, dueño del universo. Porque el universo es de Dios, pero también de Onésimo. Él sabía, con extraño conocimiento, que Dios había creado el universo especialmente para los niños, los hombres tendrían que ganarlo a fuerza de sudor y sufrimientos...

Había que ver al niño dueño de las alturas. Desnudo como un ángel, dominador. Manipulando, porque lo suyo era una manipulación descarada del equilibrio, de las leyes estáticas, aerodinámicas... Era como un ser volátil o un niño anfibio o las dos cosas a la vez.

De todas formas, los hombres estaban aterrados imaginando la suerte que correría Onésimo perdido en la sierra.

* * * * *

Ordenaron la búsqueda.

De dos en dos irían los hombres por cada sendero, por cada trocha, por todos los desfiladeros, más allá de los parajes que el chico pateaba cada tarde.

Los niños todavía no se habían acostado. Miraban asustados el impresionante desfile de los hombres, alumbrados por la luz emergente del pequeño farol.

¡Qué noche más profunda!. Desde los ojos, inmensamente abiertos, de los hombres no parecía descubrirse, en el entorno aciago, más vida que las pequeñas llamas de los faroles acuchillando la noche.

—¡¡¡Onésimo...!!!

Sonaba el nombre aquí y allá repetido en ecos que se estrellaban por las paredes rocosas, en los barrancos y en la enorme ansiedad sobre la que estaban apostados los hombres. Tenían todos los sentidos a la escucha por si, de alguna forma, hallaban una respuesta. Pero nada...

De vez en cuando, tras de cada recodo, sonaba el agua o de una fuente apenas perceptible pero inquietante a estas horas o del Tormes mordiendo las orillas, erosionando rocas o brutalmente rasgada ella misma por las traviesas del puente...

¡Qué noche más larga...!

De pronto se encontraban los hombres por las encrucijadas y no decían ni una sola palabra como cuando se tiene miedo a preguntar, como cuando no se quiere saber nada o como cuando se sabe todo y no se quiere asumir la realidad...

Las mujeres, en casa, atizaban la lumbre y rezaban el rosario, mientras ardían en un plato flotando en aceite, cinco lamparillas. Exactamente cinco lamparillas, como las llagas de Cristo.

El caso es que los hombres seguían dando vueltas y vueltas, conscientes de la dificultad inmensa de encontrar al muchacho a estas horas en que la noche es más pura, más impenetrable.

* * * * *

Volvían por las cumbres los resplandores del amanecer, y, mira tú por dónde, le alcanzó a un grupo el quejido de Kronos desde el Endrinal. Corrieron todos empujados por el sobresalto.

¡Qué fácil hubiera sido todo en pleno día!.

Allí estaba el perro materialmente echado sobre el niño para protegerlo. Quería guardarlo de la noche, del silencio, del miedo, de la soledad, del relente madrugador y cruel de la sierra; y lloraba el perro, a medida que iba descubriendo lo infeliz de su esfuerzo, por otra parte tan bien intencionado. Sabía que el calor que intentaba prestarle era baldío; porque el niño estaba cada vez más rígido, mucho más frío que el relente cruel. Onésimo estaba tan callado como un niño muerto.

Vocearon los hombres y fueron llegando los que aún estaban dispersos. El silencio rodeaba a Onésimo. Ellos sin atreverse a decir una palabra, estaban agarratados de dolor. Nadie hablaba, nadie.

Descoyuntado de desesperación y abatimiento el padre levantó vigoroso

al niño del suelo. Nadie pudo disuadirle para que le dejara. Ellos querían llevarle.

—Ni hablar, ¡al niño lo llevo yo...!

Iba como un autómata con el chico en los brazos. De vez en cuando apretaba la dulce carga contra el pecho.

La amargura bloqueaba todo su cuerpo. No lloraba. Los hombres no lloran. En sus ojos estaban todas las lágrimas hirviendo. La cabeza alzada, tenía la mirada desprendida del suelo, perdida toda por el firmamento vacío ya de estrellas y de esperanzas. Como una estatua griega, sus ojos estaban huecos y era como si por ellos se le fuera volcando lentamente en el cráneo hueco, el cielo inmenso, hueco también...

A sus pies crujía la madera del puente. Al entrar en el pueblo, por la primera calle, la luz del alba los envolvía a todos en un resplandor cárdeno sobrecargando los volúmenes del desasosiego, de la ansiedad suma.

Hubo un clamor de apocalipsis en todos los umbrales. La madre del niño, que presagió el suceso, estalló de dolor tras la evidencia de su fatal presagio y los sentidos la desampararon. No así las vecinas, que, llorando a gritos, entreñablemente solícitas la cocieron un poco de azahar...



Institución Gran Duque de Alba

ELLOS QUÉ SABÍAN

ELLOS QUÉ SABÍAN

Era fácil decir: "¡Los hombres no lloran...!".

Era muy fácil para ellos que no habían perdido a un hijo de forma tan brutal.

El padre de Onésimo no lloraba porque le importara algo la opinión de los otros. Sólo él y su esposa tendrían que asumir la tragedia, el peso de la muerte de su hijo y soportarlo como el cierzo que barre creando ansiedades. Ahora les llevaría la vida como sin norte, porque el norte convencional les importaba a ellos exactamente un cuerno. En adelante no se dejarían guiar por otro norte que el que los llevara más de prisa a encontrarse con Onésimo.

Por otra parte, un sentimiento masoquista los llevaba a contener el llanto.

Se sufre más cuando no se llora. No querían consuelo. Cuando el dolor está más vivo, más vivo está el recuerdo, la causa que lo engendra. Así mantendrían íntegro al chiquillo en sus corazones partidos por una misma herida que ya sería incurable.

La madre compartía el mismo síntoma de callada desesperación. Todos los sueños se fueron quemando al fragor de la leña. Cada chispa era un crepitante sobresalto. Cada añoranza, una nueva embestida contra el extenuado desaliento.

No se habla de Dios. Se rezaba en silencio, por donde era evidente que Dios no estaba fuera de su drama. Dios era parte también del silencio dolo-

roso, que envuelve misteriosamente los grandes y adversos acontecimientos humanos cuando no se explican, que suele ser casi siempre.

Estaba sentado el hombre sobre una silla de paja. Tenía la cabeza apoyada sobre la palma de la mano izquierda. El codo clavado en una rodilla. Sobre la otra, su mujer, colocaba las manos superpuestas y encima la barbilla a ratos, y a ratos la mejilla siempre humedecida por las lágrimas.

Se sentaba en el suelo. Siempre se sentaba la pobre en el suelo. De vez en cuando alzaba los ojos buscando los de su marido en los que encontraba un cansancio astral...

Había tal silencio en la cocina, que parecía oírse el trote arrítmico de sus extenuados corazones. El hombre, que tenía el otro brazo a lo largo de la espalda de su esposa, lo contraía a veces como una ola amiga de suave y descorazonado afecto.

El caso es que tanto silencio favorecía el vuelo de la descontrolada imaginación.

Si aquella víbora les hubiera matado a los tres. Si hubiera matado a los padres solamente, el niño sí sabría más tarde que valía la pena sobrevivir. Pero ellos, con la muerte del hijo, perdieron todos los estímulos de supervivencia.

—¿Qué sentido tiene ya la vida para nosotros...?

—Ninguno, contestó la mujer rapidísima. Yo quisiera morirme...

—¡Oh Dios! ¿a quién le beneficia tanto sufrimiento...?

¿Qué fuerza misteriosa, sin embargo, les tenía atados a la existencia?. Porque ellos aguantarían, desde luego, hasta el último aliento, por larga y penosa que fuera la existencia.

Todo empezaba a ser distinto. La gente se les hizo estomagante a pesar de que entendían su buena intención. Todos repetían ininterrumpidamente la misma letanía de resignaciones desde su abrumadora conmisericordia en absoluto deseada.

* * * * *

POBRE ANIMAL. Kronos empezó sentirse extrañamente rechazado por los padres de Onésimo. El no podía entender este rechazo por dos razones bien claras: porque era irracional su postura, y porque a él no se le podía culpar de nada.

Miraba el hombre insistentemente al animal. Al inocente animal echado con la cabeza sobre las patas junto al fuego.

Quería ver, el hombre, o como si lo viera, una mano chiquita. Una mano inquieta, sobresaltada como una mariposa, sobre la frente del perro bajando hacia el hocico... Una mano que luego se agarraba a la oreja del animal y éste le tiraba un embite hasta quedarse con la mano diminuta entre los dientes blanquísimos, entre los feroces colmillos que ahora parecían de juguete, un terrible juguete, que no apretaba adrede, que sujetaba sólo, que retenía con cariño la mano del chiquillo produciéndole un sugestivo cosquilleo provocador de risas, de ternura, de encanto animal.

Está claro que la mano imaginada era la de Onésimo. No habría hecho falta la advertencia. La imaginación del padre tan elemental, le hizo olvidar por unos momentos la realidad hasta el punto de que iba a lanzar un grito: "¡Niño, que te muerde...!". "¡Que te muerde!", dijo en voz baja, en voz hueca, en voz decepcionada... Y dijo también casi gritando: "¡Oh, Dios, cuando acabaré de creérmelo...!". Se había distraído y en la distracción, el niño siempre estaba vivo.

BUSCANDO CULPABLES

En la sierra vuelve pronto el frío.

Era lo que faltaba para que aquella casa pareciera un oscuro ataúd.

—¿Sabes lo que estoy pensando?

—Ah, pero ¿estás pensando?

—Sí.

—No lo hagas. No pienses. Es para volverse loco.

Después de un largo silencio.

—Eres un egoísta. ¿Por qué mandaste al niño, tan pequeño, con las cabras?. Era sólo un niño...

Otra vez callaron.

—Claro, un niño. El marido hablaba siempre muy despacio. "Era sólo un niño"... dices. Si hubiera sido un hombre le habríamos mandado a la cantera y habría muerto dinamitado... ¿Qué muerte habrías preferido?

—¡Huy, no digas eso...!

—Entonces te diré a la edad en que me mandó a mí mi padre con las cabras, a qué edad le mandó a él el suyo... No pienses. Es mejor no pensar. No pensar hasta que se seque el pensamiento. No hay un pensamiento bueno que no se estrelle con la dolorosa realidad. ¡Díos, qué torcido está todo...!

—Pero, ¿es que no podría ser distinto este cansado mundo...?

—Para nosotros no. Y ¿para qué, además?

—Quería decir, aclaró la mujer, que si de alguna forma hubiera podido evitarse esta tragedia nuestra...

¿Quién lo iba a evitar...?

Me estoy preguntando eso mismo desde que murió el niño. Aunque, ahora que caigo, alguien pudo evitarlo. Sí, sí, alguien pudo evitarlo. Pudo evitarlo Kronos. Kronos estaba allí. Estaba echado junto al niño, estúpidamente echado. Gruñendo un estúpido quejido. Ofreciendo una protección absolutamente estúpida... Con lo fácil que hubiera sido venir a avisarnos.

—Pobre, ¡no es más que un perro!

—Un perro, un perro, un perro, dijo el hombre gritando cada vez con más fuerza, para decir al fin descontrolado: “¡Una mierda...!”.

IMAGÍNATELO todo al contrario.

Viene una víbora. El hombre habla como abstraído. Viene la víbora y ¡zas!, lo muerde. Muerde al estúpido perro en el cuello. Al instante, el perro, queda como nuestro hijo, agarrotado, paralítico. Y va el chico y se tumba y llora como un bobo y se queda allí toda la noche... Y llego yo por la mañana y le pego una paliza que le hundo por no haber venido a avisarnos.

—Tienes razón.

La esposa hablaba como si pensara solamente. No mira a ninguna parte y decía las palabras sin mover los labios.

—Me imagino al niño. A nuestro Onésimo tan trasto, tan listo, tan loco, y lo veo volar, porque esta chico no corría ¿te das cuenta?. Volar sí, volar por las trochas abajo gritando después de haber matado a palos a la víbora... Y lloraría de rabia y se comería las lágrimas... ¡Ay, ¿cómo vamos a soportar ésto?...!

—Y te aseguro que no habría pasado nada, decía el padre. Nada, te lo aseguro. Una inyección y a correr otra vez tras las cabras. Pero él se quedó allí. ¿Te das cuenta?. Se quedó allí echado sobre el niño para protegerlo y lo mató. Lo mató, sí. Lo mató... ¡Maldito...! y le dió una patada.

Se hizo aún más largo el silencio..., más cansado..., más mortificante. Al cabo de un rato, dijo la mujer casi gritando: ¡Él es el culpable, ahórcalo...!

Sonó la frase como la dinamita en la cantera, partiendo en cien pedazos el silencio abrumador de la cocina.

Ya estaban de pie los dos.

El hombre buscó un cordel y del brazo se fueron al campo. Iba avanzada la tarde y el perro detrás de ellos.

Se afanaba el hombre buscando la encina que cobijó a Onésimo la noche trágica. No sé cómo pudo encontrarla entre tantas iguales. Reafirmó su seguridad con la certeza de Kronos, que se había adelantado y se tumbó sobre la hierba exactamente en las huellas que dejó el cuerpo del niño y que aún no se habían borrado.

En el aire se desenrolló el cordel a voleo por encima de una rama gruesa. Hizo un nudo. Se cercioró de que la sogla corría libremente por el pequeño círculo practicado en la punta.

Kronos estaba quieto como cuando Isaac, conducido por su padre hasta la cumbre del Monte Moria, aceptaba resignadamente su incomprensible inmolación. Kronos se quedó quieto mientras el hombre anudaba el lazo alrededor de su cuello. ¿Habría entendido el perro su monstruosa inculpación?

Todo así de mal dispuesto. Un tirón brutal y, como un rapto violentísimo, se despegaba el perro de la hierba para quedar colgado a metro y medio de altura.

Apenas suspendido todo su cuerpo se convulsionaba desesperadamente. Terribles contracciones musculares lo disparaban provocando un balanceo delirante.

Llenó de sacudidas el pequeño espacio aéreo que le permitía la escasa distancia del cordel.

A veces, abandonado, quedaba convertido en un macabro péndulo que iba cronometrando los segundos escasos de su vida. Erizado el torso, silbaba en su nariz el aire que entraba y que salía por la tráquea progresivamente disminuida, cada vez que la sogla estrechaba su círculo en torno al cuello del aterrado animal.

¡Oh, si se hubiera partido la maldita cuerda...! Si se hubiera partido en dos o en quinientos pedazos la maldita cuerda que, a cada convulsión desesperada, aguantaba el embate y sacudía el árbol como si se prolongara en él el animal estremecimiento.

Un estertor penúltimo le dejó al perro tenso y los impulsos, cada vez más débiles, vaciaban su cuerpo de recursos vitales para irlo metiendo en la relajada laxitud de un inmovilismo mineral.

Se le iban las cosas, la luz por los ojos grandes desmesuradamente abiertos. ¡Oh, Dios!, aquellos hermosos ojos transparentes se volverían opacos para

siempre. Dirigidos ahora violentamente por la cuerda hacia arriba, no podían mirar a sus dueños que habían dejado de serlo por dos razones: su acción brutal, que indicaba claramente que no le querían; y porque uno es sólo dueño de las cosas que ama, no de las que compra o de las que mata.

Se hizo insoportable aquel momento. El hombre y la mujer, como estatuas de hierro, cogidos por la espalda, oscurecieron sus siluetas con el miedo y el patético atardecer.

Movió el perro la cola sinuosamente y al fin quedó rígido, con las uñas crispadas, girando lentamente sin otro impulso que el de la pura inercia. Todo había terminado, todo.

Los viejos se miraron y sin decir palabra empezaron a desandar el camino con urgencia.

No miraron atrás ni una sola vez, como si todo a sus espaldas estuviera maldito.

CUARTA PARTE

EL MUNDO DEL AMOR

EL MUNDO DEL AMOR

Kronos había muerto. Colgaba su cuerpo con mortal y absoluta laxitud. Estirado, blando como si dentro no hubiera más que líquido o una masa indiscutiblemente invertebrada.

Todas las articulaciones internas se le habían descolgado y andaban sueltas dentro de la piel que se alargaba al peso, como un calcetín colgado que estuviera lleno de sal.

De Kronos no quedaba ni la figura. Solo una bolsa infecta, que giraba en sí misma al límite de la definitiva quietud, pero como un objeto que estaba dando vueltas sin que nadie supiera de dónde le venía el movimiento.

Desde la espesura de la muerte Kronos había pasado a la fluidez luminosa de la vida. Una vida esperada, intuita de alguna forma por el perro cada vez que sentía en su instinto animal la catarata dulce de la risa de Onésimo. Cada vez que entre él y su amigo surgía un nuevo pacto de amistad y se tendían la mano y la pata respectivamente, el apretón caliente y cordialísimo del niño le transportaba al perro a otra dimensión que duraba un instante sólo. Sólo un instante, pero lo suficiente para que ambos, en igual medida, se sintieran lanzados a un mundo distinto: al mundo del amor.

Ya está Kronos en ese mundo de amor transcendental. Sólo que costaba creérselo.

¿Dónde estaba su cuerpo?. Se lo dejó colgado en un lugar siniestro del que ni se acordaba.

En un instante cambió todo. Se le escapó el concepto de todo lo caduco. Desapareció el tiempo, la distancia, lo largo del camino. El camino por donde le llevaba Onésimo. El camino que ya no era distante. No era distante ni cronométrico. El camino era bello y precisamente la belleza, desde este mundo del amor donde acababa de entrar el perro, sería el único elemento de valoración que, en adelante, usarían las personas, las cosas, los seres todos... Porque la belleza es la expresión sublime del amor.

No es que Kronos hubiera crecido, qué va. Pero veía ahora al Almanzor como si le llegara a las rodillas; de haberlas tenido, claro, porque ahora era completamente distinta su identidad corporal.

Dónde estuvo metido este nuevo ser, diferente, que veía sin ojos, que escuchaba toda la inmensa gama de sonidos sin que ni uno solo resultara estridente y no tenía orejas... No, no, no tenía orejas. Instintivamente quiso probarlo llevando allí la pata, pero tampoco tenía pata... Y lo más curioso era que no le hacían falta ni ojos, ni orejas, ni siquiera patas y veía con infinita penetración las cosas de las que tenía, en un instante, un conocimiento exhaustivo que le llevaba a quererlo todo con deseada y cordialísima atracción.

Andaba las distancias sin andarlas, porque lo hacía por los caminos intangibles del entendimiento, que se mueve y ya está allí, donde se piensa, y con sólo pensarlo y desearlo.

Desde el gozo profundo de estos apasionados sobresaltos una voz sin sonido dijo su nombre: —¡KRONOS...!

Kronos quedó perplejo, como aturdido y ante los titubeos del perrito conurbado de asombro, en vez de un nombre, oyó esta vez un perfecto silbido. Un silbido limpio como un chorro de viento y evidente sin la más ligera concesión a la duda.

Aquello era el colmo: Onésimo estaba delante de él.

Le identificó por el silbido. Era inconfundible. Si se quedaba bobo de asombro viéndole descender desde las rocas como un águila, equilibrado, aéreo... Ahora Onésimo resultaba definitivamente indescriptible.

Si el silbido le trajo la evidencia del amigo presente, también lo evidenciaba la amistad.

De Onésimo emanaba la misma atracción que les mantuvo unidos durante muchos años en el Endrinal. El amor hace inmortales a los seres; de aquí

que ni el niño ni él habían muerto y se encontraban, desde aquel instante en el más allá. El más allá que decían los hombres que se amaban y los que no se amaban, llenos de dolorosa incertidumbre, lo decían también.

Como una explosión se hizo el encuentro.

Se abrazaron como se abrazan los espíritus y enseguida se pusieron a dialogar.

—¿Tú aquí, Kronos...?

—Ya lo ves... Y menos extrañado que tú. ¿Por qué la muerte había de separar a los que Dios unió por la amistad?

—Eso creo yo... Pero es que los perros no teníais alma, dijo Onésimo bastante confuso.

—Sí, eso decían los hombres porque éramos animales irracionales. Es decir que no teníamos razón.

Mira, Onésimo, mejor que no lo supieran. De haberlo sabido nos la habrían quitado. ¿No te diste cuenta de que ellos pasan la vida quitándose la razón...? La razón que no era para darla o para quitarla, sino para tenerla...

—Kronos, reconoce... dijo Onésimo.

—Que soy un animal... terminó Kronos.

Recuerdo aquel día que asaltaste el cerezo del Sr. José. Tú subido, subido al árbol y él con el garrote esperando que bajaras.

Me cansó de pronto. Le tiré el primer bocado al muslo derecho y él chillaba como un gallina, ni le di tiempo para usar el garrote.

—Pero eso fue una animalada... gritó Onésimo.

—Que usé inteligentemente para librarte de aquel patán que iba a cometer la otra animalada de endiñarte un garrotazo.

—¿Ves?. Todo un hombre burlado por un niño y un perro.

¡Qué difícil admitir que fueran superiores!. Distintos sí. Eso, distintos y desde esa distinción, venga a hacer categorías para quedarse siempre en la cumbre. Ahora, ya lo ves, todos perfectos. Tenía gana de que llegara este momento.

—De todas formas, recuerda que yo te quería mucho más que a ellos.

—Eso sí, Onésimo. Por tí les perdonaba siempre. Tú y yo éramos felices allí con esta misma felicidad maravillosa que Dios nos regala y que no habrá quien nos quite jamás.

Oye, sitúame, tú que llevas aquí unos días: ¿Dónde está Jesucristo?.

—Lo verás luego. Hace un rato estaba en el Tiberíades con los once compitiendo en un concurso de pesca.

—¿Es como decían los cristianos...?

—¡Es impensable...!

Me regaló un poco. Me dijo que le metía en apuros cada vez que me tiraba desde la roca al río, aunque reconocía que sólo Él lo hacía mejor que yo... Mira lo que me regaló.

—¡Una víbora...! dijo dando un salto.

—No te asustes. Ya no puede morder. Es hermosa. Onésimo acariciaba el bicho mientras hablaba. Lamentó, la pobre, lo de la mordedura.

—Entonces ¿es la misma?, cortó Kronos.

—La misma, sí. Murió enseguida... De pena. Por eso está aquí; con nosotros. Aquí están todos los que lloraron el mal que hicieron. Bienaventurados los que lloran, dijo Jesús. Se lo dijo a los hombres en la montaña.

—¿Sabes una cosa, Kronos...?. Agradezco a la víbora el veneno...

—Ya ves, por eso mismo mis padres maldicen desesperados al veneno y a la víbora. ¡Cómo cambia aquí todo!.

—Pues yo doy gracias a tus padres y a la sogá. La sogá que me parecía maldita, y que en aquel momento horroroso habría triturado con mis propios colmillos...

Mientras el perro hablaba, vino un ángel y le regaló una preciosa sogá de pita blanca.

—¡Dices que Jesús estaba pescando en el Lago...?

—Sí, es un Maestro consumado. Mira, Él sí es superior. Sólo que hablas con Él y no te lo parece. Ya no hace milagros. Dice que ahora son los hombres los que tienen que hacer el gran milagro de quererse.

—Yo pensaba que Cristo estaría en el Tribunal Constitucional esperando a la gente con la tralla.

—Pero ¿qué cosas dices...? Ahora sí que me pareces un perro. En el Tribunal Constitucional estan los niños. Ellos son los jueces supremos, los magistrados, los abogados... ¡todo!. Los niños lo hacen todo. De momento yo estuve un rato de portero. Pero un rato sólo. Portero aquí es un cargo estúpido. Todo es tan fácil. La gente es correctísima... Pienso que enseguida me darán un escaño en el Tribunal.

—... ¿Y los niños aprendieron de memoria todos los artículos del código...?

—Ese fué el problema.

Jesús se rió del follón que habían montado los legisladores en cuanto los dejó un momento solos... ¡Buf...!. No se lo pensó siquiera. Dijo a los niños: Llevad a esos a la sala de juegos. Que hagan crucigramas. Los echó a todos de los Tribunales. Las cosas deben estar donde deben estar. ¡Usurpadores!. Sí, eso mismo les dijo: ¡Usurpadores!. Y a los niños: sentaos en la mesa del gran Tribunal. Os recuerdo el Mandamiento Nuevo... Sólo os lo recuerdo... ¡Menudo lo sabían ellos!. Ya lo sabéis: los que hayan amado que pasen. Los otros, a rechinar los dientes en las tinieblas exteriores...

Lo están haciendo perfecto, Kronos.

—¿Dónde estamos, Onésimo?

—Sobre una estrella.

—¿Esto es una estrella...? Desde abajo nos parecían tan bonitas...

—Todo es aquí bonito, aunque uno no sepa por qué.

—¡Cómo que no se sabe!... Aquí abunda el amor ¿No...?

—Aquí no hay otra ley, dijo el niño.

—Pues eso: La belleza, la armonía, el orden... son distintos aspectos del amor.

—¿Cómo has dejado a mis padres?

—Tú verás, deshechos... De ellos tenemos que hablar a Jesús. Pobres, se volvían locos buscando culpables. Al fin pensaron que el culpable era yo.

—¿Tú?. El perro asintió con la cabeza.

—Agarraron una cuerda...

—¡No...! Se sobrecogió el niño.

—Sí, mira: Le enseñó la cuerda que le acababa de regalar el ángel... A tí, Jesús, te regaló una víbora.

—Pobres. Vamos adar una vuelta por el Endrinal. Los vemos de paso.

—No, mejor que no los veas.

Antes de acabar de decirlo, ya estaban cruzando el puente.

—¡Oye, Kronos, qué preciosidad de puente...! ¡Qué hermoso crujido...! Nunca a los hombres les pareció hermoso un crujido.

— ¡Ay, Onésimo, Onésimo!. ¿No te habías dado cuenta hasta ahora?. De veras, ¿no te habías dado cuenta?. Pero qué bobo eres.

Además no ha cambiado nada. No hacía falta. Todo lo que se hizo por amor es ya celestial. Yo lo intuía cada vez que entraba en él sacudiendo las patas sobre la madera blanca tan suave, tan blanda, parecía de tela, pero más firme y perfumada. sonora como un parche musical... Recuerdas ¿qué orgullosos estaban el carpintero y el herrero, y qué felices los dos...?

— Y qué tacos soltaban cuando le arrastraba la corriente en las crecidas del invierno... dijo drástico el chaval.

Onésimo y el perro volaban sobre la casa de su padre. Sin tocar el suelo, se asomó, el niño, nervioso por la ventana...

No pudo evitarlo, se le escapó un chorro de lágrimas. No se sabe llorar desde el espíritu, aunque el espíritu esté sensiblemente abierto a todos los sentimientos humanos.

Los padres habían envejecido de un modo alarmante en muy pocos días.

— Mira, Kronos...

— ¿Entramos?, dijo el perro.

— No.

— Deberíamos decirles algo. Se llenarían de paz, insistió el perro.

— No, Kronos, no. Las cosas son así.

Es curioso. La gente habla del más allá como si hablara de una verdad muerta. Les ciega el miedo, la incertidumbre como si no acabaran de creer en él. Pero el miedo es algo sin embargo y la incertidumbre es creer una verdad a medias...

— Para qué darle vueltas: “Ya veremos... dicen. De allí no ha vuelto nadie...”

¿Te imaginas el susto mortal que se llevarían si lográramos hacernos ver...?

— Tienes razón, dijo el perro.

¿Tú no tenías miedo a la muerte, Onésimo?.

— No. Nunca pensé en ella. Mucho menos en que yo tenía que morirme. ¡Era tan pequeño!. Parece que a esa edad está muy lejos... Sin embargo es tan fácil morirse...! Yo diría que hasta hermoso.

Desde aquella vida la muerte tiene un rostro feo. Como la ignorancia, la

envidia de los débiles, el sueño, el engrimiento, la cobardía, la mentira, la incredulidad, la angustia... Hay muchas cosas feas allí.

Yo no tuve miedo, Kronos. Fue tan imprevisto todo. Lo recuerdo vagamente... Te veo a tí, tu imagen, antes de que me alcanzara a mí el sueño. Roncabas. Sí, roncabas...

Kronos negó con la cabeza.

—Se me fueron cerrando los ojos, que volvía a abrir segundos después, exactamente cuando sentí en el cuello un ligero pinchazo, casi imperceptible. Luego no pude moverme como si un peso grande aplastara todo mi cuerpo contra la hierba. El caso es que no sé si intenté gritar. No lo sé siquiera.

—¿Por qué no me despertaste?

—No te digo que no podía pronunciar ni una sola palabra?. Tenía la boca rígida. Te veía, sí, te veía. De momento te ví perfecto. Luego me pareció que te ibas, dormido como estabas, te ibas alejando con la encina que nos cobijaba... con el Venero Pascual tan nevado, tan blanco y el Berrueco se iba como si lo lanzaran hacia atrás dejándome allí solo, pero no tenía miedo... Y la luz. La luz tardó un poco más en marcharse porque de pronto noté que los ojos se me fueron llenando de lágrimas las cuales aumentaban los reflejos del sol, teniendo allí toda la luz acumulada... y no tenía miedo, no.

No oía nada. Los últimos sonidos, los recuerdo bien, fueron los de las esquilas de las cabras que andaban a nuestro alrededor con sus balidos. No puedes hacerte idea de lo bien que me sonaba todo. El río, como si el agua pasara cantando una canción alegre, evocadora y el susurro me ofreciera la imagen de mi madre, con la boca apenas separada de mi pequeño oído, derramando una canción ensoñadora... Y así se me iba el mundo por los cauces abajo de todo mi cuerpo serenamente inmóvil, extrañamente alegre... Y nada más. Apagándome todo, entré en un momento último y enseguida: ¡¡DIOS!!

Kronos, que había escuchado absorto, conmovido, disparó su simple curiosidad sobresaltado:

—¿COMO ES DIOS...?

Se echó a reír Onésimo y dijo:

—Eres bobo. Tienes la misma tonta curiosidad de los hombres... AHORA LE VERÁS

—¡Qué fácil lo tuyo, Onésimo!. Mi caso fue atroz. No recuerdo más que la sogá. El tirón brutal, el pataleo desesperado, la asfixia, todo el árbol agitado como si las ramas intentaran flagelarme. Alguna vez me pareció percibir la sombra de tus padres que se alargaba con el alejamiento... Y enseguida tú. Menos mal que estabas esperándome, que llegaste enseguida, que no llegaste porque estabas allí detrás de la ceguera de mis ojos. Mis ojos apagándose como las candelijas que se apagan cuando el drama llega definitivamente a su final...

Eso sí, mira. Lo mío fue más rápido. Tenemos que decirle a Jesús que traiga aquí a tus padres.

—Sí, que los traiga enseguida. Míralos, ni siquiera hablan. He de ser yo su doloroso silencio. Mi recuerdo les tiene atrapados en una red de angustias y de desalientos... Si ellos descubrieran...

—¿Dónde vamos ahora?.

—Donde tú quieras, Kronos.

Por el camino iban taciturnos, serios cuando de pronto los dos se pararon en seco. La luz de la tarde enrojecida dibujaba siluetas en el atardecer.

Onésimo puso una rodilla sobre el suelo y se abrazó fuertemente al cuello de Kronos. No pudo dar un grito porque no tenía voz. El perro entendió enseguida el sobresalto de su amigo. Pasaban junto a la encina donde yacía colgado su propio cuerpo flácido y del todo inmóvil. Casi, casi se asustó él también. Apretó su espíritu contra el espíritu del chico. Se miraron alternativamente, y los dos explotaron en una colosal carcajada.

Nada era tan perfecto como su nueva figura. Nada tan bello. Ni siquiera la piel o los antiguos ojos de Kronos tan brillantes. Ni el aspecto deslumbrador de ambos, durante su rápida e instantánea embestida contra el agua en un salto hacia el río, rebosantes luego de liquidez y transparencia.

Se reían de aquel muñeco inerte y desvalido al que Onésimo acababa de dar un golpe que le dejó bailando como una peonza alrededor de la sogá. Abandonaron aquel lugar sin dejar de reír.

Mientras reían, no pensaban y por eso permanecían inmóviles en aquella divertida suspensión.

Al lado estaba Pozo Negro, que ahora no les parecía tan negro. Bastó que Kronos dirigiera allí su pensamiento para que una luz clara y poderosa

penetrara hasta el fondo de las aguas dejando al descubierto todos los secretos subacuáticos.

Como protagonistas de una película submarina, paseaban por el fondo del río entre la fauna y la flora sin dificultades respiratorias y sin que las aguas interrumpieran su quietud en aquel momento excepcional.

Qué mundo fascinador hallaron en el fondo del charco.

—Vamos a escalar el Berrueco, dijo el perro.

Estaban en la cumbre tan rápidos como el deseo.

—Qué extraña velocidad, reflexionaba Onésimo.

Así da gusto... Si apenas habíamos acabado de pensarlo... Con lo que le cuesta subir a mi padre...

—Oye, Onésimo, ¿cuándo es aquí de noche?

—No hay noche aquí, Kronos. La noche es para los cansados. Aquí todo el mundo es fuerte. No existe el sueño...

Verás, tú brillas con más claridad que todos los astros juntos. Es así el espíritu ¿sabes?. Por eso te parecían feas las estrellas. Tú sí tienes luz...

Reflexivo el perro dijo: Entonces nosotros vamos llevando el día a todas partes...

—Algo así. El párroco decía que el cielo sería como un día eterno, ¿entiendes?

—No, contestó el perro desinteresado y alegre.

Mirando hacia abajo, le dijo al niño casi gritando: ¡Mira qué hermoso es el Endrinal desde la altura!

—Ahora es de noche allí. Dijo el niño, absolutamente convencido.

—¡Imposible!. Yo lo veo todo claro... dijo el perro. Y Onésimo:

—Sí, pero ¿te das cuenta de que no anda nadie por la calle?. Ni siquiera humean las chimeneas...

—Tienes razón, están durmiendo.

—¡Claro!. Ahora es de noche en el Endrinal.

POR ENCIMA DEL ALMANZOR

Un pequeño impulso y estaban en el aire.

Todo en ellos era ingravidez, agilidad.

Se cruzaban con otros espíritus y se saludaban como si se conocieran. Más aún, como si fueran amigos, como hermanos.

No estaban aún muy lejos de la tierra y se sorprendieron al mirarla. Así no habían visto nunca el Circo de Gredos.

En el centro estaban. En el centro de aquel Circo de granito en el que confluían todas las derivaciones de la sierra.

Parecía una enorme boca abierta cuyos dientes afilaban la altura. Dientes agresivos, desafiadores, violentos como los de un enfurecido y gigantesco chacal.

Entre las rocas corría el agua, cauce abajo, recién soltada de los neveros descongelados por el sol.

Es verano. En las altas cumbres, el sol es un horno disolviendo, como si quemara con tocarlo sólo, el espeso manto de nieve.

En el telar ciclópeo de la sierra, que tenía todas las agujas de punta, fue tejiendo el invierno este manto inconsútil y azul... Mordía el sol la nieve en todas las aristas hasta suavizar las cumbres por toda su ondulante redondez.

Suena el agua al principio como un idilio alpino.

Gota a gota cae sobre la nieve, sobre el hielo, la roca, el césped con tan distinta variedad de tonos, que todos o cada uno entramado, aislado, vibrante, moderado, alegre, lento van creando el comienzo de la más impensable sin-

fonía que varía al impulso del agua que crece, que mengua, que choca luego con alocado estrépito, o se reprime inesperadamente sobre una superficie plana que la expande y la silencia definitivamente.

Onésimo y Kronos contemplaban estáticos aquel espectáculo sobreogedor.

Desde las cimas en deshielo partían los arroyos como hilos de seda. Finos hilos de seda al principio y enseguida, al encontrarse en la vertiente, engrosan sus caudales en el torrente que se despeña ciego hasta perderse en la laguna remansada y siliente.

Entre ellos y las rocas cruzaba la laguna un vuelo de halcones. Por la Esmeralda reflejaban sus siluetas pacificadoras matizadas de un verde que el sol de las alturas descomponía reverberante.

Iba contando el perro cada risco al que Onésimo llamaba por su nombre: El Morezón, Los Hermanitos, El Paso de los Machos, El Casquerazo, Los Galayos, El Esbirlaero, El Almejar de Pablo, El Almanzor.

El Almanzor es el más alto, el más derecho. El Almanzor es como un dedo disparado que estuviera señalando a todas horas a las estrellas.

Desde la laguna hasta la cumbre del Almanzor hay un trayecto largo, martirial, estimulado de riesgos y de panorámicas envenenadoras. Todo está lleno de peligrosos atractivos que encadenan a los alpinistas con un gozo suicida.

Desde el paso Bermeja bien poco queda ya para llegar a la cumbre. Pero si no te sientas allí mismo te tumbará algún vértigo de los que sobreabundan o el cansancio agotador, la altura vertical, la belleza suma.

Este portillo es como un balcón mágico. Entra por él la luz atropellándose. El norte sombrío que nos sube trepando, nos deja allí a pleno sol contemplando el otro lado de la sierra.

Como una sábana inmensa allí abajo los valles. A la izquierda Arenas de San Pedro y El Hornillo, Guisando, Pelayo de la Presa hasta llegar a Candeleda.

Dicen que el embalse del Rosarito surge de las grandes infiltraciones de la Gran Laguna que está aquí arriba nada menos que a 1.950 metros de altura... ¡Vaya usted a saber...! De todas formas, desde aquí se contemplan infinidad de arroyos, torrentes, chorreras, que salen como fugados precipitándose a la vez que forman corrientes fascinadoras, perturbadores saltos invaria-

blemente dirigidos hacia el abrazo fraternal que el pantano les brinda.

—Me gustaría montar sobre la espalda de uno de esos halcones que vuelan por debajo de nosotros, dijo el perro con evidente entusiasmo.

—Puedes hacerlo. Ellos ni se van a enterar. El Espíritu es imponderable.

De pie sobre dos halcones se dieron una vuelta, como en competición, sobre un anfiteatro que ni soñando imaginaron los grandes proyectistas de fantasmales olimpiadas.

* * * * *

—¿Dijiste que Jesús andaba por el lago de Tiberíades...? ¿Por qué no damos una vuelta y vemos el resultado de las regatas?. Deben ser grandes expertos los apóstoles. Y sobre todo vemos a Jesús. Tengo un acuciante deseo de conocerle. No aguanto el deseo de tenderle una pata, digo una mano... ¡Me estoy haciendo un lío...!

¡Qué distinto es todo por aquí. Y qué sencillo!. No me parezco un perro. Asombra la igualdad de los seres desde esta Vida, que sólo difiere de la otra, igualmente hermosa, en que esta no terminará. Asombra la igualdad de los seres desde este mundo del Amor, que ya estaba allí pero dolorosamente sometido a la manipulación, a la chapuza, al comercio, a los humanos odios. Aquí el Amor está liberado...

Esto decía Kronos filosofando, a quien Onésimo escuchaba embelesado, instintivo y vehemente y a quien se le escapó una palabra breve, rotunda, contundente y firme: "AMEN".



Institución Gran Duque de Alba

ÍNDICE

— PRÓLOGO.....	5
----------------	---

PRIMERA PARTE:

— Gredos.....	9
— El Endrinal.....	11
— Onésimo y Kronos.....	13
— El Río.....	15
— Pozo negro.....	17

SEGUNDA PARTE:

— Se durmió en mala hora.....	23
— Ambos habían sido inmensamente felices.....	29

TERCERA PARTE:

— Llegaron las cabras solas.....	33
— ¡Ellos qué sabían!.....	39
— Buscando culpables.....	43

CUARTA PARTE:

— El mundo del Amor.....	49
— Por encima del Almanzor.....	59

TITULOS PUBLICADOS

1. **Sangre en la tierra/Paramera**, de Juan García Damas.
2. **Nos dejan solos**, de Gonzalo Jiménez Sánchez.
3. **El turno de los malditos**, de Guillermo Blázquez Bestard.
4. **Amada mía**, de Juan Luis Fuentes Labrador.
5. **Mi cuenta atrás**, de Jesús González Minguez.
6. **El tiempo de los ecos**, de Carlos Sánchez Pinto.
7. **¿Y la felicidad?**, de María Francisca Ruano.
8. **Con las primeras luces del alba**, de Juan García Damas.



INSTITUCION GRAN DUQUE DE ALBA
EXCMA. DIPUTACION PROVINCIAL DE AVILA

Inst. Gran
821